
LA HUERTA DE COCOYOTLA.

AL comenzar lo que en nuestro país se llama *tierra-caliente*, se nota desde luego una vegetación mas vigorosa, un cielo mas puro y una abundancia mas rica de flores, de frutos y de aves. Las campiñas están cubiertas de rosas todo el año; en aquellas regiones no se conoce el invierno: la tierra no se cansa de ostentar perpetuas galas, y tanto lujo en la naturaleza produce naturalmente un recuerdo de aquella región afortunada en que debió vivir el primer hombre. . . .

Mas allá de la pintoresca Cuernavaca, ciudad de extraño aspecto, con sus casas de balcones que semejan estensos corredores, con su imponente palacio del atrevido Hernan Cortés, y con sus tradiciones vivas aún, de las hazañas de los conquistadores; mas allá de esta ciudad en que ya encontramos el mango, el mamey y la palma del plátano, hay una estancia escondida entre desiguales colinas, bañada por un límpido

do riachuelo y de la que se descubre á lo léjos el sencillo y modesto campanario, incitando al viajero cansado de calor á buscar allí hospitalidad y reposo. Esa estancia es Cocoyotla.

Es una hacienda en que se elabora la caña, ese fruto que es un grande elemento de riqueza, y cuyo cultivo es tan interesante y productivo. En Cocoyotla se encuentra un albergue cómodo y hospitalario ofrecido con bondad y con franqueza; pero cuando despues de ver la casa con alguna indiferencia se llega á ver la huerta, es imposible no sentirse poseído de admiración y aún de placer, al poder contemplar un espectáculo tan sorprendente.

Donde quiera que hayais admirado la belleza de la vegetación, por soberbios que sean los bosques que hayais visitado, por agreste y pintoresco que haya sido el paisaje que mas os haya encantado en las llanuras ó en las montañas, siempre en Cocoyotla experimentaréis una emoción nueva, y gozaréis ante escena tan magnífica.

No se nota allí casi esfuerzo alguno del arte, sino que se ha dejado á la naturaleza el desarrollo de su obra. Los jardines nunca inspiran interes; miéntras mas se afana el hombre en regularizar las plantas, las calles de árboles y los sembrados de flores, son ménos bellos. La simetría se necesita en los productos de la industria humana; aplicarla á las obras de la naturaleza es profanarlas, es disminuir su grandiosidad; en su confusa variedad alcanzan algo que vale mas que el órden pueril de nuestras cosas: la armonía de la creación, la belleza del Universo.

Afortunadamente en Cocoyotla se debe haber conocido esta verdad, y á esto se debe sin duda que no veamos un jar-

din, servil imitacion de nuestros salones, sino un panorama imponente, grandioso, y que lleva el sello primitivo de lo que en la naturaleza parece desórden á los espíritus vulgares.

En una estension bastante considerable, descubris en el centro un bosque de naranjos robustos, frondosos, de follage lustroso y fresco, y cuyas ramas se entrelazan mezclando sus ricos frutos. El fruto del naranjo es hermosísimo; parece una lluvia de bolas de oro caída sobre el verde mas bello y mas puro que ofrece la vegetacion. Descollando sobre los naranjos se ven los gallardos y fantásticos abanicos del plátano que con tanta gracia se mueven al soplo del mas ligero viente-cillo. La hoja de este palmero es acaso la mas galana, la mas hermosa; y tiene una belleza poética y encantadora. Hay otro bosquecillo formado de *chicos-zapotes*, árboles pequeños, de menudas y abundantes hojas; las ramas están todas cubiertas de follage y crecen de la manera mas rara y desigual. Casi junto á la base del tronco las ramas se estienen formando un círculo espacioso, círculo que va disminuyendo gradualmente, hasta quedar en la parte superior una forma casi cónica, un penacho ligero y pequeño. Esto da al árbol una figura que de léjos se asemeja á la espiral, y que tiene una estraña analogía con la arquitectura chinesca. Haciendo contraste con este árbol pequeño, se levantan esbeltos y gentiles los cocoteros coronados con las cúpulas aéreas de sus hojas gigantescas, que cubren la profusion de su fruto, de ese fruto delicioso y que contiene una de las bebidas mas frescas y agradables. El cocotero es el árbol del desierto, es el que recuerda todas las grandezas del Oriente, es el que domina las llanuras, es el gigante de las selvas, y su tronco,

delgado, redondo, regular y enteramente recto, se levanta atrevido como para encontrar á las nubes que flotan sobre la bóveda que forman las hojas; como para ofrecer un descanso á las aves que vuelan cansadas por el sol. La costumbre nos hace ver con indiferencia la mayor parte de las plantas; pero no hay ni una sola en que no tengamos grandes prodigios que admirar; y cuando por primera vez vemos una tan bella como el cocotero, no tenemos palabras que espresen nuestro asombro, ni que pinten la ternura que nos inunda.

Al lado de estos árboles crecen los mangos, los mameyes, los chirimoyos, y otros de robustos troncos, de bellas hojas, de flores aromáticas y de sabrosos frutos. Los rayos del sol apenas penetran la espesura de los bosques; el viento casi siempre está en calma, el ambiente está ricamente embalsamado con el azahar y con la flor del chirimoyo; se oye solo el susurro misterioso de los árboles, remedando gemidos y suspiros; se oye tambien el canto de las aves alborozadas, el zumbido de mil insectos de los cuales algunos comienzan á despedir fosfóricos fulgores, y el ruido del agua que corre jugueteando entre flores y malezas, completa esa armonía poética de la hora de la tarde, de la hora de los dulces pensamientos y del vuelo pintoresco de la imaginacion.

¡Qué bello es vagar entre aquellas calles de árboles, mirando los rayos moribundos del sol, aspirando delicados perfumes y escuchando rumores estraños y solemnes! En aquellos climas abrasados, la frente se refresca á la hora de la tarde, los vientos tibios y embalsamados vienen á halagarla como un beso de amor, la calma magestuosa de la naturaleza inspira tranquilidad al corazon que descansa sin saber por

qué, miéntras la mente absorta en bellos pensamientos admira mas y mas las obras espléndidas de Dios! Es sublime ese espectáculo que ofrece la huerta de Cocoyotla; inspira un recogimiento íntimo, enternece el alma de tal manera, que el labio calla, temiendo mezclar nuestra voz á la voz de las selvas y de los vientos. . . . Entónces el espíritu ama, admira, y no quiere profundizar ninguno de esos arcanos que lo atormentan; se conforma con la fé de lo bello, de lo grande, de lo sublime; porque es bello en verdad el esfuerzo de la tierra al producir incansable tantos tesoros, porque es grande el designio que se nota en cada obra de Dios, y porque es sublime la armonía que reina en todas ellas!

Varios dias seguidos pasé horas enteras vagando solo en los bosques de Cocoyotla; mi alma encontraba algo que la llenara, mi inteligencia encontraba en aquel magnífico espectáculo ideas que reanimaban las dulces creencias que son un bálsamo para el corazon. Aquella calma, aquella quietud tienen un encanto inesplicable. El pensamiento participa un tanto de la tranquilidad que nos rodea: estasiados en la contemplacion de los portentos de una vegetacion eshuberante, en cada planta, en cada flor, en cada insecto encontramos motivo para agradables reflexiones.

Se han mitigado los calores del dia; comienzan esos destellos indecisos del sol que se hunde en el ocaso; el aura está fresca é impregnada de perfumes; la espesura del ramaje no permite ver un horizonte dilatado; los rumores crecen y se confunden; pasan por la mente los recuerdos de lo pasado, y las esperanzas en el porvenir, debilitándose los sentimientos de lo presente. La idea dominante es la de *Dios*; idea gran-

de, que contrasta con la conviccion que sentimos de nuestra miseria, de nuestra nada.

Desde el centro de la huerta se divisan lejanos los bosques variados que la forman. Allí se ve que la arquitectura, como todas las artes, debe su atractivo á la imitacion de la naturaleza. Los galanos y altísimos cocoteros, parecen columnas moriscas que sostienen atrevidos arquivraves; su aspecto es el de un hermoso palacio del Oriente. Por donde abundan los naranjos y otros árboles robustos, la vista parece contemplar las bóvedas solemnes y espaciosas de una soberbia catedral; es la misma magestad, la misma apariencia grave y respetuosa de los edificios góticos: en medio de tanta gracia, hay algo sombrío, algo tenebroso que oprime la mente. . . . Y cuando el aire gime entre las copas de los naranjos, la ilusion es mas completa; creemos estar en un templo magnífico en que el alma paga al Señor un tributo de veneracion. . . . Yo recordé involuntariamente aquellas estrofas de Arróniz en que con tanta esactitud compara los bosques á los templos, creyendo oír los acentos del órgano en el susurro armonioso de la brisa. . . .

¡Qué bella es la huerta de Cocoyotla! ¡Qué sentimientos inspira de asombro y de admiracion! El mundo se mira á lo léjos, y se olvidan algo los males reales de la vida. . . .

Pero no sé por qué tanta belleza derramaba en mi alma una tristeza profunda, ¿para qué, pensaba, entapizar de flores y embellecer tanto la senda de la vida, para qué hacer nos cruzar por un mundo tan rico, tan lleno de armonía, si aquí, dentro del alma, llevamos siempre el dolor y el desaliento? Hermosa es la tierra; pero la atravesamos como pie-

dra lanzada en el espacio, como corriente violenta é impetuosa, como hojilla desprendida que vuela en alas de los vientos . . .

En medio de escenas tan lindas, de cuadros tan interesantes, en medio de esa armonía, de esa union que reina en la creacion, solo el hombre parece extraño en el universo; y mientras el arroyo busca las raíces de los árboles para refrescarlos y robustecerlos, mientras los árboles prestan su sombra á las flores, mientras las flores guardan su miel á la abeja y á la mariposa, mientras las aves cantan contentas sus amores, nadie hay que quiera saber lo que pasa en el alma del hombre, nadie que quiera apoyar sus débiles pasos, ni nada hay que mitigue sus dolores, ni calme sus martirios . . .

¿Para qué ornar de tantas galas esta mansion de dolor y de desencanto; para qué presentar á nuestros ojos escenas de felicidad y de calma que no podemos probar jamas? No es esto lo mismo que dar al labio un veneno mortal en vasos de oro coronados de rosas?—Lo diáfano del cielo, el brillo de las estrellas, la riqueza de la vegetacion, los cantos de dicha de las aves, todo es bello, todo es delicioso; pero el hombre no puede mas que verlo, y entretanto su alma está destrozada. —Triste es por cierto que esta víctima del dolor y las pasiones deba ser sacrificada en una ara tan espléndida como la tierra . . .

Yo sentía que mi espíritu se elevaba hasta Dios y que comprendía y estimaba sus dones; pero allí en medio de los bosques, y al rumor de la naturaleza, me parecía que estaba solo, como el insecto que se perdía olvidado en el polvo . . . ¡Tal vez, Dios mio! aquellas ideas de amargura eran el vago

presentimiento del dolor que ibas á derramar sobre mi mísera existencia! ¡Tal vez era la voz de la tempestad que iba á descargar sobre mi cabeza!

Ah! al admirar á Cocoyotla, mi imaginacion me representaba el rostro angélico de mi madre, su sonrisa inefable, su mirada dulce y apacible, y yo suspiraba porque no contemplábamos juntos aquella escena, porque mi cabeza ardiente no se reclinaba en su seno para recibir un beso de sus labios, un beso que la refrescara mas que el soplo de la brisa y que los vientos perfumados de la tarde! Y suspiraba, porque siempre que juntos habíamos admirado las obras de Dios, no había yo sentido lo que ahora sufría; mi corazón palpitando junto al suyo había gozado de calma y de felicidad, y su mirada me inundaba de esperanza y de fé . . .

Ay! Cuán pronto debía yo ver desaparecer de mi triste hogar á la madre que era en el mundo mi única adoracion. Pero reprima el pecho su dolor, y Señor, hágase tu voluntad! Madre, madre mia! siquiera que no se sequen mis ojos, que mi corazón pueda brotar torrentes de lágrimas! Llorar, llorar es cuanto quiero para atravesar este mundo, solo, huérfano y abandonado! . . . Al hundirme en la tumba, tal vez tú que eres ya ángel de luz y de misericordia, recibirás sonriendo á mi espíritu que tanto sufre en la tierra . . .

Cocoyotla! Nunca, nunca puedo olvidarte, porque eres bella y encantadora, porque tus bosques espesos y copados, y tu cielo purísimo, y tus lindos cocoteros, y tus perfumes y tus flores inspiran dulces pensamientos, evocan los recuerdos de la felicidad perdida, y tambien porque á la sombra de tus pla-

tanares y en alas de los vientos que con ellos jugueteaban, sentí mi corazón herido del cruel presentimiento de la orfandad y del aislamiento; del mayor de los dolores que debía caer sobre mi cabeza. De Cocoyotla guarda mi alma una memoria tierna y dolorosa, que se asemeja á la que queda de la flor de vivísimos colores, en cuyo cáliz está guardado un letal veneno.

1851.—FRANCISCO ZARCO.

DOLOR Y PLACER.

A LA SEÑORITA M. J. B.

HERMOSA flor que galana

En vergel ameno crece,

Y que lánguida se mece

Con las auras del abril;

Blanca, inocente paloma,

Que suspira enamorada,

En la frondosa enramada

Donde se ostenta gentil:

Ligero celage de oro

Que del vespertino ambiente

En las alas, lentamente

Surca el límpido zafir;

Estrella que de la noche
Disminuye la pavora,
Rompiendo la sombra oscura
Con su vívido lucir:

Tal á mis ojos sois; y cuado os miro,
De mi seno se eeshala hondo suspiro
Anuncio de placer y de dolor.
Que tanta juventud, tanta belleza,
Guian por entre flores ó maleza
Al traves de este mundo engañador.

Hoy entregada á sueños seductores
Veis en el porvenir dichas y amores
Que no serán, tal vez, una ilusion.
Mas, oíd. . . . En un tiempo yo soñaba
Tambien amor, y gloria. . . . y me engañaba,
Y en silencio gime hoy mi corazon.

Ah! si benévolo
Quisiera el hado
Sobre vos, pródigò
Dichas verter,
¡Con cuanto júbilo
Veré estasiado,
Gozando férvido,
Vuestro placer!

Mas si una lágrima
De vuestros ojos
Empaña el nítido,
Blando fulgor,
Mi pecho mísero,
Lleno de enojos,
Sabrá sintiéndolo,
Vuestro dolor.

Febrero 23 de 1851.—OCTAVIANO PEREZ.